

V

El pensamiento retrocede ante una catástrofe que aparece en lo alto del cielo, como el término del progreso de nuestra era. Y sin embargo es menester acostumbrarse á ella. Desde hace veinte años, todas las fuerzas del saber se agotan en la invención de mecanismos de destrucción, y pronto algunos cañonazos bastarán para acabar con todo un ejército. Se ha puesto bajo las armas, no ya, como en otro tiempo, á algunos miles de pobres diablos cuya sangre se compraba, sino á pueblos enteros, que van á degollarse unos á otros... Para disponerles al asesinato se atiza su odio, persuadiéndoles de que son aborrecidos. Y hombres de carácter dulce se dejan coger y van á arrojarse uno sobre otro, con ferocidades de animales salvajes, ejércitos furiosos de pacíficos ciudadanos, á los que una orden inepta les pone en la mano un fusil, ¡Dios sabe por qué ridículo incidente de fronteras ó por qué mercantiles intereses coloniales! Marcharán como corderos al matadero, sabiendo que van á él, sabiendo que abandonan á sus mujeres, sabiendo que sus hijos tendrán hambre, ansiosos y embriagados por las pala-

bras sonoras y engañosas cantadas á su oído. Marcharán sin rebelarse, pasivos y resignados, aun cuando son la masa y la fuerza, aunque podrían, si supieran entenderse, establecer el buen sentido y la fraternidad, en vez de las salvajes prácticas de la diplomacia. Marcharán pisoteando los campos que sembraron, quemando las ciudades que construyeron, con cánticos de entusiasmo, gritos de alegría, músicas de fiesta.—
EDUARDO ROD.

Pero antes, el testigo ocular había subido al puente del *Variag*. El espectáculo era espantoso. Nunca ninguno de los presentes había visto carnicería como aquélla. Por todas partes veíase sangre, pedazos de carne, troncos sin cabeza, manos, un olor de sangre que daba náuseas á los más aguerridos. La garita de combate del puente había sufrido mucho. Un obús había estallado en su cima, matando á un oficial que, con el telémetro en la mano, daba instrucciones para apuntar las piezas. No quedaba del infeliz más que una mano crispada en el instrumento. De los cuatro hombres que estaban con el comandante, dos fueron hechos pedazos, los otros dos gravemente heridos. En cuanto al comandante, había muerto de un estallido de obús, que le alcanzó junto á la sien.
—UN TESTIGO DEL ÚLTIMO COMBATE NAVAL.

He leído en los *Rousskia Viedomosti* que la ventaja de Rusia consiste en que posee un material humano inagotable. Para los hijos cuyo padre ha muerto, para la mujer á quien se mata el esposo y para la madre á quien su hijo le es arrebatado para siempre, este material se agota en breve. —CARTA DE UNA MADRE RUSA.

Siempre ha falseado (la guerra) el desarrollo histórico de la humanidad, violando el derecho y deteniendo el progreso. Indudable es que ciertas guerras han sido seguidas de resultados ventajosos para la civilización general; pero las consecuencias perjudiciales de estas mismas guerras siempre han superado á sus buenos resultados. Lo que hace que aun haya quien se engañe en este sentido, es que sólo una parte de estas consecuencias perjudiciales son aparentes; las demás, cuya gravedad suele ser mayor, son indirectas, y han escapado, por tanto, durante mucho tiempo, á la inteligencia humana... Si concedemos á los defensores de la guerra la simple palabra «aún», les autorizamos para decir que la discusión entre ellos y nosotros es un asunto de mera oportunidad, de apreciación personal, porque esta discusión se reduce entonces á creer nosotros «que la guerra se ha hecho inútil» y á que ellos la crean «útil aún». En tales condiciones, nos concede-

rán de buen grado que podrá tornarse inútil, y aun perjudicial... mañana, cuando se hayan hecho á los pueblos algunas sangrías formidables para satisfacer sus ambiciones personales. Porque tal fué en todo tiempo, y tal es todavía, la única función de la guerra: procurar á un pequeño número de hombres el poder, los honores, las riquezas, á expensas de la masa, cuya credulidad natural y cuyos prejuicios, mantenidos y creados por ellos mismos, explotan esos hombres.—CAPITÁN GASTÓN MOCH.

Los hombres de nuestro mundo cristiano y de nuestro tiempo se asemejan á aquel que ha perdido el buen camino. Cuanto más avanza, más se convence de que no va hacia donde quiere ir; y cuanto más duda de la seguridad del camino, más rápida y locamente corre por él, consolándose al pensar que á algún sitio ha de llevarle. Pero pasado cierto tiempo, ve que el camino que sigue no le llevará á ningún sitio, como no sea á un abismo que ante él se abre ya.

En situación análoga se encuentra la humanidad cristiana de nuestro tiempo.

Es de todo punto evidente que si continuamos viviendo como ahora, los individuos y los Estados, guiados por el bien de sí mismos y de la patria, si, como ahora, tratamos de garantizar estos bienes por la violencia, los medios de violencia de un individuo contra otro, de un Estado contra otro, aumentarán. 1.º Nos arruinaremos cada vez más empleando en el armamento la mayor parte de nuestra producción. 2.º Dando muerte en las guerras á los mejores hombres; desde el punto de vista físico, degeneraremos más y más, y nos rebajaremos moralmente.

Si no cambiamos nuestra vida, sucederá esto; es cosa segura, tan segura como que las líneas que no son paralelas han de acabar por encontrarse.

Pero es poco que esto sea teóricamente seguro. En nuestro tiempo esto se hace seguro, prácticamente, no sólo por la razón, sino también por el sentimiento.

El abismo sobre el cual caminamos, nos traga ya, y los hombres más sencillos é ignorantes, que no filosofan, no pueden dejar de ver que, armándose más cada vez unos

contra otros, destruyéndose unos y otros por las guerras, como las arañas en un vaso, no podemos llegar sino á la mutua destrucción.

Un hombre franco, serio, razonable, no puede dejar de sentir algún consuelo al pensar que las cosas pueden repararse, como se pensaba en otro tiempo, por la monarquía universal de Roma, de Carlo Magno, de Napoleón, por el poder espiritual de los papas de la Edad Media, por la Santa Alianza, por el equilibrio político del concierto europeo, por los tribunales de arbitraje internacional, ó, según piensan algunos, por el aumento de fuerzas militares y los mecanismos destructores recientemente inventados. Pero resulta imposible establecer la monarquía universal ó una República con los Estados europeos, porque los diversos pueblos no querrán nunca unirse en un solo Estado.

¡Instituir un tribunal internacional para resolver las diferencias internacionales! ¿Y quién hará someterse á las decisiones de ese tribunal á un demandante que tenga sobre las armas millones de soldados?

¿El desarme? Nadie quiere ni puede comenzarlo.

¿Inventar medios de destrucción aun más terribles: globos con bombas, gases asfixiantes, obuses que los hombres lancen unos contra otros? Se invente lo que se invente, todos los Estados se proveerán de las mismas armas destructoras, y lo mismo que la carne de cañón, después del período de las armas blancas, fué bajo las balas, las granadas, las bombas, los cañones de tiro rápido, la metralla, la mina, así irá bajo las bombas arrojadas desde los globos y llenas de gases asfixiantes.

Nada prueba mejor que los discursos de Muravief y del profesor Martens que la guerra japonesa no es contraria á la Conferencia de La Haya; nada prueba mejor que discursos tales hasta qué punto, en el mundo nuestro, se ha deformado la obra de la transmisión del pensamiento, la palabra, y hasta qué puuto hemos perdido la capacidad del razonamiento claro, inteligente. Se emplea el pensamiento y la palabra, no para servir de guía á la actividad humana, sino para justificar toda actividad

criminal. La última guerra de los boers y la guerra actual con los japoneses, que, á cada momento, se puede transformar en carnicería general, lo han demostrado indiscutiblemente.

Todos los razonamientos antimilitaristas no contribuirán á la desaparición de la guerra. Son como un razonamiento elocuente, expresivo, dirigido á los perros que riñen, para convencerles de que es más ventajoso para ellos repartirse el pedazo de carne, objeto de la batalla, que perder esta carne, de la cual se apoderará cualquier otro perro, sin tomar parte en la lucha.

Corremos al abismo, no podemos detenernos y caemos en él. Cada hombre razonable que reflexiona respecto á la situación en que se encuentra hoy la humanidad, y respecto á aquella hacia la cual va inevitablemente, ha de ver que esta situación no tiene salida, que no se puede inventar ninguna institución, ningún establecimiento que nos salve de la pérdida hacia la cual corremos de un modo inevitable.

Aun sin hablar del peligro económico

insolubre, y que se complica cada vez más, las relaciones mutuas de los Estados que se arman unos contra otros y están prontos á declararse la guerra, muestran con toda claridad la pérdida inevitable á que se ve conducida toda la humanidad llamada civilizada.

¿Qué hacer, pues?...
